

Capítulo 3

Espacio, sociedad y conocimiento



María Anaís Leguízamo Bohórquez



LICENCIADA, Ph.D

Carrera de Administración de Empresas / Pastoral Universitaria

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0900-410X>

Correo electrónico: mleguizamo@ups.edu.ec

Razón y fe: entre el cielo y la tierra: la experiencia docente que vincula la fe y la vida desde una pedagogía académica y vivencial

Soy una persona apasionada por el trabajo evangelizador a través de la cátedra universitaria. Aunque mi primer título universitario es el de doctora en Odontología, desde mi juventud me he dedicado a la formación humana y cristiana, avalada por mis títulos de licenciada y doctora en Teología. Esto me ha permitido trabajar en la Arquidiócesis del Azuay, en la comisión de formación catequética, y desde ese espacio he brindado formación a parroquias y movimientos laicales.

Mi vinculación con la cátedra inició en la Pastoral del Colegio Borja y continuó en la UPS, donde la Pastoral Universitaria se ha convertido en mi segundo hogar. Allí comparto con colegas que son también maestros y compañeros en esta vocación. Mi compromiso nace de los estudiantes, a quienes busco llegar tanto en lo intelectual como en lo humano, promoviendo en ellos la reflexión y el desarrollo de una vida con sentido y compromiso.

Razón y fe: entre el cielo y la tierra

Esta metáfora expresa la verdad de mi vida profesional y humana en el ámbito universitario. Mi experiencia se ha plenificado y desarrollado desde el servicio, a través de la cátedra, enmarcada en el Sistema Preventivo de Don Bosco, con sus tres pilares: razón, religión y *amorevolezza*.

La misión de la UPS menciona: “La Universidad Politécnica Salesiana es una institución de educación superior humanista y politécnica, de inspiración cristiana con carácter católico e índole salesiana”. Por este motivo, mi labor docente se enmarca en la Pastoral Universitaria, departamento encargado de afianzar el pilar del humanismo cristiano a través de dos vertientes: el área académica y el área vivencial. Ambas iluminan, motivan y

fomentan tanto la cátedra que fundamenta el desarrollo humano orientado al compromiso social como las experiencias que lo consolidan.

Por esta razón, expresar mi experiencia como docente y colaboradora de la Pastoral Universitaria es de suma relevancia, porque me permite corroborar la importancia de mi quehacer en esta área esencial de la universidad, que podría ser considerada su corazón.

Las materias que se imparten en el área Razón y Fe son cuatro: Antropología Filosófica Teológica, Ética, Vida y Trascendencia, y Pensamiento Social de la Iglesia. Estas asignaturas constituyen el fundamento de la formación humano-cristiana impartida a los estudiantes de todas las carreras de la universidad. Antropología Filosófica Teológica se orienta al estudio de la persona; Ética se fundamenta en la búsqueda del bien; Vida y Trascendencia se orienta al cultivo de la espiritualidad; y, finalmente, Pensamiento Social de la Iglesia promueve el compromiso social de la persona con su comunidad y con la sociedad.

Vincular “el cielo y la tierra” significa fundamentar, desde la ciencia y desde los aportes filosóficos y teológicos relacionados con el desarrollo humano, una formación con rigor académico. Esto implica un conocimiento amplio y profundo de las cátedras impartidas.

En los momentos actuales, esta tarea constituye un verdadero desafío ante el pensamiento utilitarista propio de la posmodernidad. La importancia de estas materias muchas veces ha sido menguada por la corriente relativista de nuestra época, pues ellas implican profundidad en la reflexión, pensamiento crítico, encuentro con uno mismo, sentido de vida y proyecto personal. Las materias del área humana están encaminadas a “despertar” en las personas su dimensión trascendente y su responsabilidad frente a la construcción positiva de sus vidas.

Don Bosco propuso el Sistema Preventivo con sus tres pilares: razón, religión y *amorevolezza*. Este ha sido el eje principal de mi experiencia como docente. Con su aplicación en cada período académico, las barreras iniciales han ido cayendo poco a poco y, en su lugar, han aparecido la atención, la comprensión, la participación, el diálogo, la cercanía, la reflexión e incluso la oposición de criterios, fraternalmente iluminados y dilucidados.

Vincular “la fe y la vida” ha sido acercar, con prudencia, asertividad y sabiduría, a los estudiantes a su esencia espiritual; ayudarles a comprender que la ciencia y la fe no son contrarias, sino complementarias. Como lo ha

mencionado santo Tomás de Aquino en la *Suma teológica*, podemos aprender desde la razón y desde la fe.

En el contexto secularizado de hoy, devolver a la fe su grandeza e importancia es un verdadero arte. Los estudiantes son personas sensibles, con historias personales llenas de luces y sombras, como todos. Sin embargo, muchos jóvenes actuales provienen de familias con conflictos interpersonales, enfrentan situaciones económicas desfavorables y, en general, viven falencias emocionales y vacíos existenciales que los hacen vulnerables.

En este tiempo, en el que la investigación debe responder a diferentes contextos y experiencias humanas, mi quehacer como investigadora también ha encontrado un nicho amplio para indagar sobre problemáticas personales, sociales, de sentido de vida y de proyecto personal, no solo de los estudiantes, sino también de colaboradores de la UPS y de personas externas a la universidad.

En cuanto a la vinculación, es importante mencionar que la experiencia universitaria es un campo abierto para la construcción de lazos de servicio e impacto en diferentes contextos. Empezando “casa adentro”, destaco la experiencia de los jueves eucarísticos, celebraciones litúrgicas a las que asisten personas de la tercera edad del barrio El Vecino, con quienes, a lo largo de estos años, hemos establecido lazos de amistad y de fe.

Las misiones constituyen una forma sistemática de realizar vinculación desde la Pastoral Universitaria y desde el área Razón y Fe. He participado en la formación de los misioneros, quienes reciben esta capacitación para contar con insumos básicos al momento de compartir en las diferentes comunidades a las que acuden. También he participado en misiones, haciendo vida lo enseñado y acompañando a los estudiantes en una experiencia que los marca positivamente, al encontrarse con realidades desconocidas a las que van para dar, pero de las que regresan con la grata certeza de haber recibido mucho más.

Desde mi experiencia como animadora del Grupo Misionero Don Bosco (GMDB), he vivido momentos significativos al mantener una relación mucho más cercana con sus miembros. Este espacio forma parte de los grupos del Asociacionismo Salesiano Universitario (ASU). Es el grupo asociativo más antiguo y cuenta con veinticuatro años de existencia. Su fundador fue el compañero Damián Páez; tras su retiro de la institución, se me delegó el acompañamiento de este grupo.

La experiencia de acompañamiento y animación ha sido profundamente enriquecedora, pues me ha permitido ser testigo del crecimiento humano de los jóvenes y de la consolidación de personalidades orientadas al servicio y al liderazgo, en un ambiente de alegría y compromiso. Los miembros del GMDB se caracterizan por su disposición al servicio, integrando su formación académica con una formación humana y cristiana orientada a la misión. Mediante encuentros periódicos, fortalecen su sentido de pertenencia y desarrollan una actitud solidaria que los impulsa a contribuir de manera positiva en diversos contextos.

Otra experiencia de gestión gratificante es mi participación en el Coro de la UPS, donde se integran el arte, la camaradería, la constancia y la responsabilidad con el deseo de aportar al logro colectivo. Como parte del ASU, cada ensayo y presentación se convierte en un espacio de realización artística personal y grupal. De igual manera, mi labor en la Pastoral Universitaria ha sido profundamente comprometida, al formar parte del equipo organizador, ejecutor y evaluador de diversas propuestas pastorales que han enriquecido mi trayectoria como colaboradora salesiana.

A través de eucaristías, triduos, novenas, retiros y celebraciones propias del carisma salesiano, como la Inmaculada Concepción, María Auxiliadora, Don Bosco y el Niño Viajero, se ha fortalecido la vivencia comunitaria de la fe. Asimismo, el centro de escucha, concebido como un espacio de acompañamiento espiritual integral, representa para mí una labor “sagrada”, en la que acoger a los estudiantes con empatía, cercanía y respeto se convierte en una oportunidad de apoyo para ellos y de crecimiento personal compartido.

Mientras escribo este documento y reviso mi trayectoria docente y pastoral en la UPS, reconozco una historia llena de experiencias significativas, junto con desafíos personales, familiares, sociales y culturales que han fortalecido mi crecimiento. De cara al futuro, mantengo un compromiso constante y apasionado por continuar mi labor, con el propósito de fortalecer mi actividad investigativa e implementar nuevas estrategias tanto en la docencia como en la animación del GMDB.

Como he manifestado, mi propósito ha sido, es y será acompañar, animar y contribuir, desde mis posibilidades, a la formación integral de los estudiantes. Busco acercarme a ellos con cariño y respeto, para animarlos en el proceso de aprendizaje, avivado por la reflexión, el pensamiento crítico y los fundamentos humanos y cristianos. También deseo motivarlos a vivir el lema presente en las Constituciones de los Salesianos de Don Bosco: ser “bue-

nos cristianos y honrados ciudadanos”. Mi tarea es sembrar en ellos semillas de trascendencia, integridad y humanismo cristiano, para que se reconozcan como ciudadanos comprometidos consigo mismos, con la patria y con Dios.

En mi práctica docente, he estado en contacto con estudiantes de muchas carreras de la universidad. En el presente período académico 67, imparto las materias del área Razón y Fe en Ingeniería de Computación, Ingeniería Automotriz, Ingeniería Civil, Ingeniería Mecánica, Ingeniería Mecatrónica, Odontología y Psicología.

Ser teóloga, humanista y docente cristiana ha sido enteramente satisfactorio. En mi camino he encontrado muchas oportunidades que, desde una visión trascendente, puedo llamar bendiciones. Estas se han manifestado diariamente en mi desempeño como docente, animadora de mi grupo ASU, integrante del coro universitario, acompañante espiritual en el centro de escucha —tanto de estudiantes como de colaboradores— y participante activa en los procesos vivenciales, rituales e identitarios de la universidad.

Puedo decir que mi condición de mujer jamás ha sido un impedimento en mis buenas prácticas universitarias. Al contrario, mis experiencias, tanto en lo académico como en lo vivencial, han sido enriquecidas por la aceptación respetuosa y amorosa de todas las personas con las que he compartido durante estos años.

Las diversas oportunidades académicas, investigativas y de vinculación han fortalecido mi desarrollo personal y profesional, consolidando una visión positiva y agradecida de mí misma. Este proceso ha favorecido una relación cercana y significativa con la comunidad universitaria, por lo que solo puedo expresar gratitud a Dios y a la vida por la oportunidad de amar y servir.

En el ámbito del humanismo cristiano, fundamentado en la fe y la razón, reconozco la influencia de diversos teólogos y filósofos, y destaco especialmente al papa Francisco, cuyo magisterio ha iluminado profundamente mi vida académica. Mi inspiración diaria en la UPS se nutre de la frase de Don Bosco: “No basta amar a los jóvenes; es necesario que se sientan amados”, principio que guía mi práctica docente y de acompañamiento.

Enseñar, desde esta perspectiva, es una oportunidad para amar y servir con compromiso, cercanía y sentido vocacional. A lo largo de mi camino, marcado por logros y dificultades, he aprendido a asumir los desafíos como oportunidades de crecimiento, fortaleciendo así mi compromiso con la formación integral y con la vida propia y la de los demás.

Ser docente y colaboradora de la Pastoral Universitaria, en sus dos bloques —área académica y área vivencial—, me ha permitido desarrollarme en muchos ámbitos que han potenciado mis talentos. Hoy me veo y me siento como un instrumento útil en las manos de Dios para el servicio de una comunidad universitaria que lo necesita y lo recibe con amor.

Ser mujer teóloga y pastora reafirma cada día mi vocación y mi llamado a servir a Dios mediante la formación de jóvenes universitarios. La docencia, la investigación y la vinculación se integran como experiencias que favorecen un crecimiento conjunto en el proceso educativo, permitiendo que estudiantes y docente avancemos en nuestro proyecto de vida.

El sueño de Don Bosco, inspirado en el mandato del amor de Jesús, se concreta en una educación que une ciencia, principios y valores para formar integralmente a los jóvenes. Esta misión se nutre de la compasión evangélica y se hace vigente hoy, cuando, a pesar del paso del tiempo, muchos jóvenes siguen buscando sentido y orientación. Esta realidad me impulsa a responder desde la educación con compromiso y esperanza.

Agradezco a la comisión organizadora de este libro, porque escribir este artículo me ha permitido “contemplar” el desarrollo de mi vida en la UPS como una oportunidad de servicio y crecimiento personal. Agradezco también la posibilidad de valorar, en la línea del tiempo de mi propia historia, una vida marcada por la presencia de muchos jóvenes y compañeros con quienes he compartido desafíos, aprendizajes y realizaciones.

María Belén Arízaga Pino



INGENIERA, MAGISTER

Carrera de Arquitectura

ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-7454-8559>

Correo electrónico: marizagap@ups.edu.ec

Fuerza, equilibrio y la sismorresistencia en la docencia

Dar el paso de un colegio católico de mujeres a la Facultad de Ingeniería Civil fue, sin duda, un cambio profundo. Con el tiempo entendí que la vida siempre nos conduce hacia donde debemos estar, y así fue. La facultad me acogió con naturalidad. Increíblemente, la transición resultó más sencilla de lo que imaginaba.

La presión y la exigencia eran las mismas para todos, pero era evidente que a las mujeres nos distinguían la dedicación, la organización y unas ganas inmensas de persistir y superar cualquier obstáculo. Éramos conscientes y agradecidas de haber nacido en una época que nos ofrecía la oportunidad de estudiar una carrera que, hasta hace poco, se consideraba “masculina”.

Cerca de graduarme, una conversación con un ingeniero de la Red Sísmica sobre mi tesis de grado abrió una puerta inesperada. Sin título, sin currículum y sin experiencia, dos semanas después ya estaba trabajando en una consultora que diseñaba la hidroeléctrica más grande del país.

Ese proyecto fue mi punto de partida. Dos años más tarde ya era socia en otra consultora, a la que aún pertenezco, dedicada al diseño estructural, disciplina a la que me entregué por completo, con la misma firmeza con la que el hormigón se adhiere al acero.

Cuatro años después comencé mi maestría en Estructuras Sismorresistentes. Ese posgrado me permitió profundizar en la amenaza sísmica real a la que estamos expuestos como país y, sobre todo, entender que detrás de cada norma, fórmula o modelo estructural existen vidas que dependen de nuestras decisiones técnicas.

Apenas culminé mi especialidad, fui llamada a lo que sería mi nueva vocación: la docencia universitaria, donde aprendí que enseñar también es construir estructuras, pero de pensamiento y de valores.

Hoy soy hija, hermana, esposa, ingeniera civil especialista en estructuras sismorresistentes, docente universitaria, asesora y consultora estructural junto a un equipo de ingenieros que me llena de orgullo. Agradezco cada oportunidad, cada persona y cada desafío. Nunca me sentí menos ni

diferente. La relación se construyó sobre la base del conocimiento, la ética y los resultados.

Comprendí que la clave no estaba en demostrar que tenía que ser igual que un hombre en ingeniería, sino en demostrar que, simplemente, yo estaba preparada. La confianza en mí misma permitió que jamás me sintiera en desventaja. En ese camino, ser mujer no ha sido un obstáculo: ha sido, sencillamente, parte de lo que soy.

Mi metáfora fundante es la sismorresistencia de la docencia: la capacidad de enseñar, aprender y construir conocimiento sin colapsar ante las sacudidas del contexto, las presiones o las incertidumbres sociales.

Como ingeniera en estructuras sismorresistentes, aprendí que una estructura no se diseña para evitar los sismos, sino para responder sin colapsar. Con el tiempo, la sismorresistencia dejó de ser solo un concepto técnico y se volvió una forma de leer la vida: aceptar la fragilidad, adaptarme y seguir en pie. En mis clases busco que mis estudiantes comprendan que el equilibrio no es rigidez, sino adaptación con propósito.

Esta metáfora guía mi docencia, investigación y vinculación con la sociedad. En la docencia, me impulsa a diseñar espacios de aprendizaje colaborativos y éticos, donde cada estudiante reconozca su propia resistencia interna. En la investigación, me orienta hacia el estudio de estructuras patrimoniales y vulnerabilidad sísmica, campos donde la ciencia y la memoria se entrelazan. Y, en la vinculación, me comprometo con proyectos que promueven la protección del patrimonio y la participación de grupos multidisciplinarios en el diseño y la toma de decisiones.

Como docente, imparto las cátedras de Sistemas Estructurales 1, 2 y 3. Estas asignaturas me apasionan porque condensan la precisión, la lógica y la capacidad creativa de la ingeniería aplicada al diseño arquitectónico.

Mi trayectoria profesional —desarrollada desde mi graduación en consultoría, asesoría y fiscalización de ingeniería estructural para proyectos arquitectónicos y civiles— ha sido una de las mejores herramientas para desempeñarme como docente en la carrera de Arquitectura.

El trabajo constante con arquitectos me enseñó a dialogar con una mente profundamente creativa, intuitiva y conceptual, distinta de la lógica secuencial y estructurada que caracteriza a la ingeniería. Esa experiencia me obligó a ver más allá del cálculo: a dialogar con la forma, la luz, la memoria del lugar y la experiencia del espacio. Ese cruce disciplinar ha en-

riquecido mi manera de enseñar, porque me recuerda que toda estructura sostiene algo más que cargas: sostiene intenciones, sentidos y futuros.

También descubrí que he aprendido mucho más de mis estudiantes que ellos de mí. Comprendí que mi mirada ingenieril, precisa y “cuadrada”, necesitaba ampliarse para incluir la sensibilidad, la minuciosidad y la pasión que ellos depositan en cada trazo.

Como docente, nunca he dejado de ser estudiante. Conozco la frustración de no entender del todo algo, pero también el brillo del momento en que una idea se ancla. Cada ciclo termino con la voz cansada, o incluso sin ella, pero con el corazón lleno: la satisfacción de ver comprensión donde antes había duda.

Me siento profundamente orgullosa de ser mujer en mi campo. No somos muchas y, justamente por eso, me gustaría que fuéramos más. Sin embargo, las pocas que somos hemos aprendido a reconocernos, acompañarnos y celebrar nuestros logros. Existe una complicidad silenciosa cuando nos encontramos en aulas, oficinas u obras: sabemos lo que ha implicado llegar hasta allí.

Para mí, es importante que las mujeres interesadas en seguir carreras consideradas “masculinas” comprendan que no están en desventaja por ser mujeres. Sus capacidades hablarán por ellas mismas; su valía terminará brillando pese a los estereotipos. Como decimos en estructuras, todo cae por su propio peso: el conocimiento, la preparación y la ética sostienen la credibilidad mucho más que cualquier prejuicio. Creo firmemente que nada debería detener sus aspiraciones por el hecho de ser mujeres, siempre que tengan la oportunidad de formarse y se esfuercen por desarrollar sus competencias.

Yo lo entendí cuando constructores que me doblaban la edad me llamaban para pedirme consejos sobre cómo construir; cuando, en una reunión, en una mesa llena de hombres, eran ellos quienes me miraban a mí para tomar una decisión técnica; cuando las cuadrillas de trabajadores en la obra escuchaban, preguntaban y obedecían mis indicaciones sin poner en duda mi criterio profesional. Esas experiencias, repetidas a lo largo de los años, son mi evidencia: se puede ser la única mujer en la sala y, aun así, ser escuchada y respetada.

Ser mujer en mi campo, para mí, ha sido grandioso. No lo cambiaría por nada. Mi experiencia personal, afortunadamente, ha estado marcada por el respeto y la confianza. Aun así, sé que para muchas mujeres en ingeniería el camino no siempre es así, y que todavía hay mucho por transfor-

mar. Pero, en mi historia concreta, he encontrado respeto, confianza y espacio para crecer. Mi forma de responder a los desafíos ha sido prepararme, trabajar con rigor y dejar que los resultados hablen.

Mi historia personal no desconoce que existen desafíos estructurales para muchas mujeres; simplemente, estos no marcaron mi propio recorrido. Y, sobre todo, debo reconocer algo fundamental: esta visión mía está cimentada por mis antecesoras. Mi bisabuela, mis abuelas y mi madre han sido, para mi hermana y para mí, las primeras maestras. Todas ellas forman parte del linaje de mis grandes referencias, mis hitos de admiración. Con su fuerza, su carácter, su resiliencia y su amor, me enseñaron que una mujer puede sostenerse firme frente a cualquier sismo de la vida. Si hoy ejerzo liderazgo con empatía y calidez, si apporto una mirada distinta y enriquecedora en mi campo, es porque todas ellas constituyen la base estructural que me sostiene.

En esta travesía, ser mujer no solo no ha sido una desventaja: siento que me ha dado más herramientas. Me ha permitido ejercer un liderazgo con empatía y calidez en equipos mayoritariamente masculinos, aportar una mirada distinta y, desde allí, enriquecer las decisiones técnicas. Creo sinceramente que esa perspectiva femenina ha sido valiosa para mi campo y para la forma en la que vivo la ingeniería y la docencia.

Mi principal compromiso es seguir formándome como profesional y como docente. La ingeniería, la educación y el mundo cambian con rapidez, y siento la responsabilidad de mantenerme actualizada, de acoplarme a las exigencias de la modernidad sin perder mis principios. Creo en la importancia de actuar con ética, de defender lo que se considera justo y de sostener mis decisiones desde el rigor y la coherencia.

Asimismo, reconozco la importancia de desarrollar habilidades para comunicar con claridad mis necesidades, gestionar oportunidades profesionales y sostener conversaciones estratégicas dentro del ámbito académico, especialmente en contextos donde las mujeres aún enfrentan barreras estructurales. También me interesa ejercer un liderazgo basado en el ejemplo: un liderazgo que se construye desde el trabajo bien hecho, la constancia, la empatía y la capacidad de acompañar a otros. Aspiro a que las mujeres que se acerquen a carreras técnicas encuentren en mí un referente posible, no desde el discurso, sino desde la práctica cotidiana.

Me interesa contribuir, desde la academia, a la formulación de estrategias preventivas y planes de acción que permitan reducir la vulnerabi-

lidad sísmica y asegurar la preservación del patrimonio arquitectónico de Cuenca, en coordinación con redes de especialistas e instituciones locales.

Aunque mi experiencia ha sido positiva, reconozco el valor del trabajo de las mujeres que han abierto espacios de análisis crítico, porque sus aportes también han contribuido a que hoy podamos estudiar, diseñar y liderar con mayor libertad.

Mi referente en ingeniería sísmica es Anne S. Kiremidjian, por su enfoque integral del riesgo y la resiliencia urbana, que conecta ciencia, datos y decisiones para proteger vidas y patrimonio. Admiro mucho su trabajo porque su mirada sistémica del riesgo coincide con mi metáfora de la sismorresistencia: estructuras —y personas— que deben absorber demandas, disipar energía y mantenerse en equilibrio.

Su enfoque me permite pensar la docencia como un ejercicio de construir sistemas de aprendizaje capaces de sostenerse ante la complejidad, y la investigación como una vía para comprender la vulnerabilidad real de nuestro entorno, especialmente en Cuenca y el Azuay.

Esa mirada reafirmó mi propia metáfora: la sismorresistencia. Lo que al inicio fue un concepto técnico se transformó en una forma de vida: aprender a no colapsar ante lo inesperado, flexibilizarme sin perder mi esencia y sostenerme incluso cuando el entorno se mueve.

Ser docente me ha enseñado que no trabajo solo con números, planos y modelos, sino con historias, sueños y miedos ajenos. Cada grupo de estudiantes trae consigo su propio “sismo”: dudas, inseguridades y presiones. Mi tarea, más allá de enseñar estática, hormigón y acero, es ofrecerles una estructura simbólica donde puedan apoyarse: un espacio donde equivocarse no signifique derrumbarse, sino reforzarse. Cuando veo a una estudiante o un estudiante que al inicio creía “no ser bueno para esto” y luego resuelve con seguridad un ejercicio complejo, confirmo que esta labor vale la pena.

Como mujer en ingeniería, he aprendido que no necesito imitar ningún modelo para sentirme legítima. Mi forma de liderar, de enseñar y de estar en el mundo está atravesada por la empatía, la calidez y una firmeza serena que he ido construyendo con el tiempo. Si algo deseo dejar a las generaciones que vienen es la certeza de que se puede ser técnica y sensible, estructurada y creativa, firme y humana al mismo tiempo.

Concibo mi futuro como una estructura en permanente diseño: flexible, estable y abierta al cambio. Mi compromiso es seguir contribuyendo a que la ingeniería estructural, en especial la sismorresistencia, sea un campo

más accesible, inclusivo y éticamente orientado hacia la protección de nuestras comunidades.

En esencia, quiero seguir aprendiendo, aportando y enseñando con fuerza y equilibrio, manteniéndome sismorresistente ante las transformaciones inevitables de la vida, de la docencia y de la ingeniería. Con los años comprendí que ninguna estructura —tampoco una vida— se termina de diseñar. Si en ese proceso logro inspirar a alguien a creer un poco más en sí mismo o en sí misma, sentiré que todo este recorrido, con sus ensayos y errores, ha valido profundamente la pena.

Siento que cada experiencia —en obra, en el aula o en la vida— ha reforzado mi estructura interior. Y, mientras siga siendo sismorresistente, seguiré construyendo futuro.

Verónica Alexandra Chaca Cordero



ARQUITECTA, MAGISTER

Carrera de Arquitectura

ORCID: <https://orcid.org/0009-0003-4554-4810>

Correo electrónico: vchaca@ups.edu.ec

El mortero en la docencia: construir vínculos que sostienen

Mi historia, al igual que una obra arquitectónica, se ha construido paso a paso y sigue en proceso de planificación. Los continuos cambios me motivan a elaborar un diseño creativo que asuma retos diarios y me permita seguir creciendo desde mi esencia. Los cimientos, como bases sólidas, han sido, sin duda, mi familia. A partir de ellos he configurado mi estructura personal, basada en valores, fortaleza y confianza, proyectando mi futuro con perspectiva.

Los matices evolucionan y se transforman desde diversas perspectivas; sin embargo, todo se potencia en el rol más significativo: ser madre. Es allí donde convergen todas mis facetas, emociones y sentidos. Mis hijos, compañeros de viaje, únicos en esencia e invaluable en mi ser, son quienes inspiran y refuerzan mi estructura, reconfiguran mis espacios internos y me brindan armonía y equilibrio en la construcción de cada capítulo de mi vida.

La afinidad por el diseño y la construcción surgió desde mi niñez, a través del juego imaginativo, el dibujo y la construcción de prototipos a escala. No hubo duda al escoger cuál sería mi profesión. Ingresé a la universidad llena de sueños, ideales y expectativas, pero también de incertidumbres. Esta etapa transcurrió como una experiencia única, marcada por retos que fortalecieron mi carácter y reafirmaron mi vocación.

La arquitectura ha sido ese espacio donde puedo materializar mis ideas en equilibrio entre técnica y creatividad, entre lógica y sensibilidad. Todo fluye desde la pasión por mi profesión. Cada proyecto, y cada espacio desde donde lo abordo, ha sido una oportunidad para soñar, crear, reinventarme y asumir nuevos desafíos.

El proceso formativo se cimentó en la integración entre el estudio riguroso y la práctica profesional. Durante esta etapa, aún como estudiante, colaboré en una oficina de alto prestigio en la ciudad, dedicada al diseño, la planificación y la construcción. Esta experiencia me permitió aplicar tempranamente el conocimiento, desarrollar habilidades técnicas y participar en proyectos arquitectónicos de distintas tipologías y escalas. Con el tiem-

po, los sueños y la motivación se convirtieron en práctica. Sin duda, esta evolución personal y profesional me abrió camino hacia futuros proyectos.

Con el afán de ampliar mi mirada hacia el eje conceptual, inicié la Maestría en Proyectos Arquitectónicos, una etapa de evolución y reflexión que reforzó el pensamiento crítico y profundizó la metodología del proyecto. Allí exploré nuevos campos y formatos morfológicos, además de tejer nuevos vínculos hacia un universo de ideas.

Mi trayectoria profesional se sostiene en el trabajo colaborativo en instituciones públicas y privadas, además de proyectos desarrollados de manera independiente. Estos se generan a partir del planteamiento de ideas orientadas al beneficio colectivo y social, y se constituyen en espacios de gran responsabilidad y satisfacción personal, donde la escucha activa, la participación comunitaria y la sensibilidad hacia el contexto han sido fundamentales para proyectar soluciones que respondan, de manera ética y consciente, a las necesidades del entorno.

Participar en el diseño urbano-arquitectónico de espacios de encuentro colectivo relevantes para la ciudad de Cuenca ha sido satisfactorio, por tratarse de puntos neurálgicos que articulan cultura, territorio y cohesión social. Uno de ellos fue el Proyecto de Revitalización del Parque de la Madre, que obtuvo el premio Jean-Paul-L'Allier y la segunda mención en la Bienal Panamericana de Arquitectura 2014, en la categoría Diseño Urbano y Arquitectura del Paisaje.

Un año después, participé en el Parque Inclusivo Cultural, el primer equipamiento de recreación en el país para niños con discapacidad. El diseño plasmó una búsqueda consciente de eficiencia en la materialidad, accesibilidad universal y experiencia sensorial. Sin duda, fue uno de los momentos más significativos de mi trayectoria, pues reafirmó que la arquitectura adquiere sentido cuando se asume como un acto de justicia y humanidad.

La experiencia adquirida desde diferentes ámbitos me motivó a mirar la docencia como un espacio de aprendizaje compartido, consciente de la responsabilidad y el compromiso que esta exige. Además, las vivencias propias de las distintas etapas de formación académica me impulsaron a realizar la Especialización en Docencia Universitaria.

Comprendí que educar es construir: requiere una buena dosificación de vocación, como cemento que articula; empatía, como estructura que sostiene; y fundamentos pedagógicos horizontales, como acabados que acompañan una nueva directriz de enseñanza-aprendizaje. Estos conceptos se

potenciaron al entender que el servicio, desde cualquier punto de acción, toma valor cuando lo reforzamos con una identidad que construye, acompaña y fortalece los valores.

El interés por aprender y mantener una constante renovación me condujo a lo que hoy realizo con gran motivación: educar y acompañar a los estudiantes de la carrera de Arquitectura de la Universidad Politécnica Salesiana, institución que me ha acogido durante varios períodos académicos y me ha orientado hacia un ejercicio docente más humano y consciente. En este camino he aprendido una pedagogía que mira más allá del entendimiento y que reconoce realidades que, con frecuencia, no son visibles.

Con el paso del tiempo y tras varios años de recorrido profesional como arquitecta y docente universitaria, puedo decir, con satisfacción, que entrelazar estas dos actividades fue una decisión acertada. Disfruto la sinergia entre diseñar y enseñar, el diálogo entre el aula y el proyecto, y ese ejercicio dual que fortalece ambos espacios mediante interacciones articuladas.

Ser arquitecta me ha abierto hacia un horizonte diverso. Trabajar con la gente y para la gente ha sido un aprendizaje constante. El servicio, mediado por mi profesión, conecta todos mis sentidos, articula y potencia cada fragmento de mi esencia; me construye y reconstruye, restaura, sensibiliza y modela constantemente hacia una evolución que proyecta ideales y materializa sueños.

La docencia llegó a mi vida con ilusión y motivación. Ha sido un punto de inflexión personal, ha fortalecido mis cimientos y ha ampliado mis horizontes. Ese anclaje a roles diferentes y a facetas no exploradas, que se entrelazan y fusionan cual mortero en la construcción, surgió como una pasta moldeable y ahora se ha transformado en un elemento resistente que sostiene y articula.

Con esfuerzo, dedicación y compromiso, hoy cumplo mi labor como docente, coordinadora del grupo de Acompañamiento Estudiantil, jefa del Área Curricular del Área Profesional e investigadora del grupo GIARQ. Asumo cada espacio de servicio como un reto donde la gratitud y la responsabilidad convergen para convertirse en impulso en la consolidación de la carrera.

El mortero se convierte para mí en una metáfora de vida. En la construcción, esta mezcla es un elemento básico, no por su simplicidad, sino porque, aunque su elaboración puede parecer sencilla, requiere esfuerzo y conocimiento. Es el componente que integra, nivela, reviste y repara daños en estructuras existentes, asegurando estabilidad y durabilidad en los

proyectos, y distribuyendo cargas para que cada elemento adquiriera sentido dentro de un conjunto.

La dosificación correcta de sus componentes —cemento, agregados finos y agua— permite que la mezcla adquiriera propiedades de adherencia, elasticidad y plasticidad, para que, luego de un proceso de fraguado, alcance una condición estructural. De manera análoga, como el mortero en un muro, en mi trayectoria personal convergen ideas, saberes, emociones y experiencias que configuran una estructura capaz de mantenerme firme y en equilibrio, actuando como un elemento de cohesión en torno a la construcción de un proyecto de vida.

En la docencia, el mortero se convierte en un elemento vivo que representa una enseñanza flexible, capaz de abrirse a nuevas mezclas y adaptarse a diversas realidades. En algunos casos, se experimenta con componentes distintos y versátiles; en otros, se incorporan aditivos que potencian capacidades, refuerzan criterios, maximizan fortalezas y atenúan impactos.

Desde esta perspectiva, concibo la educación en arquitectura como una amalgama de saberes que fusiona lo técnico y lo humano, lo racional y lo sensible, lo tangible y lo intangible. Como el mortero, se adapta a diversos usos y materiales sin perder su consistencia ni su función.

Comprendo que el éxito del mortero se evalúa por la resistencia y la cohesión entre los elementos que une. Sus resultados no son inmediatos: requiere tiempo, paciencia y condiciones adecuadas para evidenciar la fortaleza alcanzada y la integración del conjunto. En mi práctica docente no uso materiales físicos; la verdadera obra son los estudiantes, considerando que cada persona fragua a su propio ritmo.

Las asignaturas a mi cargo se constituyen en espacios académicos en los que me involucro activamente. Me motivan y me permiten articular diversos conceptos, estableciendo una relación cercana con los estudiantes desde un acompañamiento constante. En estos espacios se desarrollan ejercicios proyectuales que integran dimensiones técnicas y creativas, configurando un entorno de aprendizaje donde convergen procesos de análisis, síntesis y resolución, propios del planteamiento arquitectónico.

En este contexto, la experiencia posibilita la transmisión de procesos metodológicos derivados de proyectos concebidos, desarrollados y materializados, los cuales se sustentan en bases teóricas sólidas y en la aplicación de principios de habitabilidad, criterios de ocupación y apropiación del espacio público, así como en la organización funcional y espacial, con énfasis

en el usuario como eje central del proceso de diseño. De esta manera, se promueve la consolidación de competencias disciplinares, críticas y operativas, en articulación con habilidades humanas necesarias para una práctica arquitectónica integral.

La práctica profesional como arquitecta y docente se configura también desde mi identidad como mujer, en un escenario que, si bien ha experimentado transformaciones significativas, aún refleja dinámicas de género latentes. Esta percepción ha tenido varios matices, marcados por prejuicios y expectativas erradas en torno a una profesión considerada, durante mucho tiempo, eminentemente masculina. La desigualdad de género aún persiste mediante acciones y condiciones que minimizan el valor de la mujer y ponen en duda su capacidad técnica y creativa. El papel que cumplimos las mujeres se entrelaza con otros roles que, con frecuencia, se encasillan y generan estereotipos en desventaja.

En ciertos sectores aún es perceptible una estructura que prioriza referentes masculinos, apelando a la experiencia y a la voz de mando. En este contexto, he aprendido a confiar en mí, a descubrir que la firmeza para guiar y conducir equipos no depende del género, sino de la convicción, el conocimiento y la coherencia entre el ser y el hacer, con criterio y sensibilidad. He mantenido mi espíritu firme y la convicción de ser una profesional con ética y valores.

Sé que la forma de enfrentar los desafíos habla más fuerte que las palabras. Esa conciencia me impulsa a actuar con coherencia, valentía y autenticidad, entendiendo que cada paso que doy también abre caminos.

Dentro de este escenario, la arquitecta iraquí-británica Zaha Hadid se constituye en un referente fundamental para mi práctica profesional, pues redefinió los límites de la disciplina, transformó la manera de concebir el espacio contemporáneo y desafió un campo donde la presencia femenina carecía de protagonismo. Enfrentó no solo el machismo del mundo de la construcción, sino también las barreras asociadas a su condición de mujer e inmigrante. Luchó contra el racismo sin renunciar a su autenticidad, con obras audaces y dinámicas que transmiten movimiento y fuerza. En 2004 se convirtió en la primera mujer en recibir el Premio Pritzker de Arquitectura. Admirarla es reconocer su talento y valorar su capacidad de hacer visibles sus convicciones en un mundo que intentó limitarla.

En mi futuro está el compromiso de seguir construyéndome como un proyecto arquitectónico en permanente proceso de diseño. Soy consciente de

que toda infraestructura requiere cuidado, mantenimiento y renovación para mantenerse firme y vigente. Seguiré trazando nuevos horizontes, sumando aprendizajes y fortaleciendo mi estructura con convicción. Creo en una fuerza colectiva capaz de ampliar límites y proyectar nuevas posibilidades, donde la voz adquiere mayor alcance y significado a través del trabajo conjunto.

El mortero actúa como un sistema que vincula elementos de manera coherente. Cuando su dosificación es adecuada, la estructura alcanza condiciones óptimas de estabilidad y resistencia; cuando su proporción es inadecuada, se compromete el desempeño del conjunto. En ello encuentro una profunda analogía con la vida: aquello que, en apariencia, es secundario o poco visible resulta fundamental para sostener, equilibrar y dar sentido a nuestra existencia.

He comprendido que la vida requiere de un mortero que corrija, mejore o vuelva a articular lo que, con el tiempo o las circunstancias, se ha fisurado. Hay paredes que, en ocasiones, no están a plomo; hormigones que fraguan lento; y estructuras que, aun en su fortaleza, revelan grietas. Es entonces cuando los aditivos se convierten en una decisión esencial: presencias, experiencias y afectos que refuerzan capacidades, emociones y resiliencias. Hoy miro el camino recorrido con gratitud, reconociendo a quienes, con su fuerza, cariño y ejemplo, han sido aditivos invaluable en la construcción de mi vida.

La arquitectura es fuente de inspiración, satisfacción y sentido personal. En armonía con la docencia, me ha impulsado a conocerme y reconocerme desde diferentes roles, ha fortalecido mi esencia e impulsado mis capacidades. Desde cada ámbito crezco, me transformo y me reinvento; soy un devenir constante en un proceso de continuo aprendizaje. Con el corazón abierto y sereno, recibo todo lo que está por venir, confiando en los nuevos horizontes, en la vida y en la oportunidad de seguir construyéndome a través de ella.

Michelle Estefanía Pesántez Yépez



ARQUITECTA, MAGISTER

Carrera de Arquitectura

ORCID: <https://orcid.org/0009-0007-6871-0075>

Correo electrónico: mpesantezy@ups.edu.ec

Enseñar arquitectura como práctica política: trayectoria y aprendizajes

Escribir este texto me ha permitido identificar el compromiso central que guía mi trayectoria profesional: entender la arquitectura y su enseñanza como un ejercicio político. Este es el lente a través del cual observo, habito y enseño la ciudad, y mi propósito es contribuir a la creación de espacios más justos. Antes de seguir, reivindico el idealismo de esta postura, porque creo que la docencia lo exige: ser educadora es un acto de esperanza radical, fundamentado en la certeza de que las aulas tienen el poder de incidir en la construcción de un futuro mejor.

Asumir mi ejercicio profesional como un acto político surge de la comprensión de mi propia posición en el mundo: soy una mujer latinoamericana. Mi historia, como la de muchas colegas, no se inscribe en la comodidad, sino en el esfuerzo continuo por sortear estructuras que limitan nuestro desarrollo y nos obligan a transitar un camino donde la constante es justificar nuestros méritos para habitar espacios de los que históricamente hemos sido excluidas.

Enseño desde este reconocimiento, y es a partir de esta experiencia situada que abordo el urbanismo, consciente de que ninguna disciplina es neutra y de que todo saber está atravesado por variables políticas, sociales y culturales.

Con esto como punto de partida, comparto en este capítulo mi recorrido académico, mi visión y mi postura. Recojo lo aprendido con la humildad de saber que aún falta mucho por caminar. Abrazo esta travesía como lo que es: un proceso colectivo, vivo y en constante construcción, que me permite nutrirme, revisarme y volver a empezar siempre que lo necesito.

Obtuve el título de arquitecta en 2020, un año marcado por profundas transformaciones sociales que nos obligaron a cuestionar los modos de habitar y las desigualdades territoriales. Desde entonces, mi aproximación profesional me ha llevado a entender el diseño no solo como técnica, sino

como un posicionamiento frente a las dinámicas de acceso, exclusión y organización del espacio.

Comprendí pronto que toda decisión proyectual incide en la vida cotidiana de las personas. Este descubrimiento despertó mi urgencia por desentrañar la complejidad urbana, lo que me condujo de manera natural hacia la investigación académica y la formación de posgrado.

Cursé una maestría en Arquitectura, con mención en Proyectos Urbanos y Arquitectónicos, donde profundicé en temáticas vitales como la movilidad, la morfología y la habitabilidad, con especial énfasis en nuestros contextos latinoamericanos. Este proceso me permitió reconocer las limitaciones de los enfoques convencionales y la necesidad de incorporar una mirada crítica que dialogue verdaderamente con las realidades específicas de nuestros territorios.

A la par, fui trazando mi línea de investigación, centrada en la construcción de ciudades más justas. Me interesa analizar cómo los territorios periféricos y los espacios urbanos invisibilizados evidencian desigualdades persistentes, pero también cómo en ellos emergen formas de organización comunitaria y de resistencia que suelen quedar al margen de los discursos disciplinares hegemónicos.

La docencia surgió entonces como una continuidad lógica de este proceso de búsqueda. Convencida de que enseñar es, en esencia, otra forma de aprender, cursé una segunda maestría, esta vez en Docencia Universitaria. En este doble camino me sitúo y me reconozco: entiendo el aprendizaje como un flujo inagotable y, desde esa posición, acompaño con humildad los procesos formativos de las nuevas generaciones.

Actualmente imparto las asignaturas de Urbanismo 3 e Historia de la Arquitectura. Esta labor me ha permitido trabajar junto a mis estudiantes en la lectura crítica del territorio y en la construcción de herramientas para pensar la urbe desde una perspectiva de justicia espacial.

Considero el aula como un laboratorio de aprendizaje mutuo y de experimentación colectiva, mucho más que como un estrado de certezas absolutas. En mi práctica pedagógica busco integrar lo vivido en la profesión con el rigor de la academia, manteniéndome atenta a las preguntas y desafíos que emergen del encuentro franco con las y los estudiantes.

Con el tiempo, mi investigación se ha ido ramificando. Además del estudio físico y social de la ciudad, reflexiono sobre el propio acto de enseñar y, de manera cada vez más ineludible, incorporo el enfoque de género.

Me pregunto constantemente qué ocurre con las mujeres en el espacio público, en las obras de arquitectura y en la academia. No abordo esto como un apéndice de mi temario, sino como una dimensión transversal que articula todas estas vivencias.

He podido observar y vivir cómo el uso y la apropiación de la ciudad están condicionados por el género, influyendo en los recorridos, las decisiones y las percepciones cotidianas. Para muchas de nosotras, habitar las calles implica anticipar riesgos, desarrollar estrategias de cuidado y negociar constantemente nuestra mera presencia. Estas experiencias, históricamente silenciadas, constituyen en sí mismas una forma de conocimiento urbano inmensamente válida y necesaria.

Por ello, en el aula parto de la premisa de que toda lectura espacial se sitúa. Reconocer variables como el género, la clase, la edad o la corporalidad permite expandir nuestra comprensión de la ciudad y cuestionar los límites dogmáticos sobre los que se ha erigido el conocimiento arquitectónico tradicional. Procuro problematizar los modos de habitar, invitando a mis estudiantes a preguntarse qué experiencias son legitimadas y cuáles quedan excluidas. Más que entregar respuestas prefabricadas, me apasiona acompañar procesos que les permitan reconocer su propio rol, ya sea como reproductores o como transformadores de las estructuras urbanas.

Esto se traduce en metodologías dinámicas que priorizan la vivencia directa, como las caminatas urbanas. A través de este acto de recorrer, no solo observamos la morfología física, sino que también leemos las cicatrices de la ciudad: sus dinámicas de inclusión, expulsión y conflicto. Estos ejercicios afinan la mirada y la vuelven más atenta, capaz de detectar tanto las grietas de la desigualdad como las potentes formas de resistencia en el territorio.

En paralelo, analizamos cómo el diseño urbano puede operar como un dispositivo de cuidado o, por el contrario, como un mecanismo de marginación. Diseccionamos elementos concretos —el mobiliario, la iluminación, el transporte, la accesibilidad y los usos del suelo— para comprender a quiénes acogen y a quiénes dejan fuera. La pregunta que sostiene mis clases es constante e incómoda: ¿quién no está siendo considerado en esta propuesta?

Esta misma perspectiva crítica impregna mis clases de Historia de la Arquitectura. He procurado que la enseñanza de esta materia no se reduzca a una memorización pasiva de estilos o figuras monumentales. Para mí, enseñar historia exige tomar una postura sobre qué relatos se transmiten y cuáles se omiten deliberadamente. Durante siglos, nuestra disciplina ha

privilegiado ciertas voces, dejando en los márgenes los invaluable aportes de muchísimas mujeres arquitectas, urbanistas y diseñadoras. Mi objetivo aquí no es simplemente reemplazar un canon hegemónico por otro, sino abrir el diafragma hacia una comprensión mucho más vasta, reconociendo la rica diversidad de quienes realmente han construido nuestro entorno.

No obstante, soy consciente de que las tensiones persisten. En mi propia experiencia profesional, la legitimidad en el ejercicio de la arquitectura sigue siendo un terreno en disputa, especialmente en espacios técnicos o de obra, donde la “autoridad” se asocia, casi por defecto, a lo masculino.

En el ámbito universitario, estas brechas se manifiestan con otros ropajes: sesgos y estereotipos en el aula, expectativas de rendimiento diferenciadas, la histórica orfandad de referentes femeninos o la asignación implícita de ciertos roles. A esto se suma una profunda dimensión afectiva que recae desproporcionadamente sobre nosotras, las docentes: somos quienes solemos acompañar, mediar, contener y sostener emocionalmente los procesos del alumnado; una labor de cuidado indispensable que rara vez se visibiliza o valora como parte real del trabajo académico.

A pesar de ello, reconozco en estos espacios un potente semillero de transformación. Día a día busco generar las condiciones necesarias para ensanchar el campo disciplinar, incorporar otras sensibilidades y cuestionar los supuestos desde los que operamos.

Cuando proyecto la mirada hacia el futuro, asumo que mi trayectoria es una obra en plena construcción. No la concibo como una línea recta ni como un capítulo cerrado, sino como un lienzo abierto que se redefine con cada experiencia, cada aprendizaje y cada nuevo cuestionamiento que surge en el camino. Hoy siento que he ido encontrando una voz propia: una voz que, aunque sigue en proceso de maduración, resuena cada vez con mayor claridad en sus intenciones y posicionamientos.

Mi gran reto ahora es seguir acortando la distancia entre la universidad y la calle, fortaleciendo el vínculo vital con el territorio. Trabajar codo a codo con comunidades, colectivos y organizaciones barriales no solo nos dota de herramientas para responder a urgencias reales, sino que también nos obliga a desafiar los propios límites de nuestro conocimiento académico. Es allí, en esa intersección vibrante entre docencia, investigación y territorio, donde encuentro el sentido más profundo de mi práctica y el horizonte hacia el cual deseo seguir avanzando.

María Gabriela Torres Balarezo



ARQUITECTA, MAGISTER

Carrera de Arquitectura

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6862-1442>.

Correo electrónico: mtorresb@ups.edu.ec

La herencia anónima de la mujer: La reivindicación de la memoria y el patrimonio cultural arquitectónico, desde la experiencia profesional como mujer

Mi formación como arquitecta inició en el año 2004, etapa en la que descubrí un profundo interés por el urbanismo y la historia de la arquitectura, áreas que terminaron orientando decisivamente mi perfil profesional. Durante este proceso viví retos formativos significativos. En 2008 me convertí en madre, en medio de mi formación universitaria, lo que me llevó a asumir nuevas responsabilidades y a tomar decisiones complejas para mi desarrollo académico. Prioricé la crianza de mi hijo y la vida en familia, lo que hizo que mi carrera avanzara con mayor lentitud. Finalmente, obtuve mi título de arquitecta en 2013, con un nuevo hijo en camino.

Durante mis últimos años de pregrado me especialicé en patrimonio cultural, área que definió el eje central de mi trayectoria. Formé parte del grupo de investigación Ciudad Patrimonio Mundial de la Universidad de Cuenca, donde di mis primeros pasos profesionales como auxiliar de investigación, documentación arquitectónica y estudios patrimoniales. En 2014 tomé dos decisiones fundamentales: iniciar una maestría en Arquitectura del Paisaje y postular al concurso para arquitecta restauradora en el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC), del cual resulté ganadora.

Dentro de mi trabajo en el INPC desarrollé una sólida experiencia en la gestión integral del patrimonio cultural, abarcando tanto el patrimonio material como el inmaterial. Participé en la gestión de proyectos urbano-arquitectónicos, en procesos de investigación, en la formulación de instrumentos de planificación y en la implementación de estrategias de conservación. Mi trabajo se caracterizó por integrar enfoques interdisciplinarios

y por comprender el patrimonio desde una perspectiva territorial, social y paisajística.

Este recorrido me llevó, en 2023, a buscar nuevas oportunidades dentro de la Universidad Politécnica Salesiana como docente en las asignaturas de Historia de la Arquitectura y Diseño Básico. Asumí esta oportunidad con la convicción de aportar a la formación de nuevas generaciones, promoviendo una mirada responsable y consciente sobre la gestión y puesta en valor del patrimonio cultural en los diversos territorios donde se ejercerá la profesión.

Este camino profesional ha estado acompañado de sacrificios personales, entre ellos un divorcio y diversos desafíos familiares, pero también de grandes aprendizajes. Hoy soy madre de dos hijos, quienes han sido mi mayor inspiración y soporte. También he reconstruido una relación de pareja nacida desde la madurez, el respeto y, sobre todo, el amor incondicional.

Por ello, reconozco que hay historias que nacen desde el anonimato. Así ha sido, durante siglos, la herencia anónima de las mujeres: como un riachuelo de cauce profundo que avanza sin nombre propio, alimentando paisajes enteros, sosteniendo estructuras, construyendo territorios y memorias, mientras los hombres levantaban sus monumentos visibles.

Desde la lectura de *Una habitación propia*, de Virginia Woolf, comprendí que esta metáfora del río ancestral no es solo un concepto literario, sino un espejo. Esa lectura produjo en mí una revelación: la necesidad de buscar una reinvención y la conciencia de haber sido parte de una genealogía de mujeres que criaron, sostuvieron y transformaron, sin que su nombre quedara tallado en ninguna piedra.

Woolf hablaba de la necesidad de un espacio físico y simbólico para que las mujeres pudieran crear, pensar y existir plenamente. Ahí entendí que, como mujer independiente, necesitaba emprender una búsqueda permanente de ese espacio: una habitación, un territorio, una memoria, un paisaje propio donde mis pasos no fueran opacados y donde mi voz no se disolviera antes de pronunciarse.

Pero mi experiencia —como muchas historias de mujeres— no comenzó en ese espacio propio. Comenzó en un paisaje marcado por una memoria de machismo, en el que, al salir del hogar familiar, debía contar con habilidades domésticas preestablecidas y de obligatorio cumplimiento, entendidas como virtudes de un legado de cuidado familiar.

Tal vez por eso la arquitectura y, más tarde, la gestión del patrimonio y de los paisajes culturales fueron campos donde encontré un lenguaje para nombrar mis propias vivencias. En ellos descubrí que la memoria tiene formas; que los silencios tienen capas; que la historia se escribe no solo con monumentos, sino también con gestos, cuidados y presencias que rara vez aparecen en los libros.

El recorrido de mi formación académica fue también un proceso por capas interiores. Debo reconocer que, gracias al apoyo de mis raíces, es decir, de mis padres, esas capas fueron desarrollándose con ilusión. La maternidad abonó la experiencia en medio de ese proceso: me exigió poner pausa, redibujar mi mapa y replantear mis ritmos. Mientras algunas compañeras avanzaban con pasos sostenidos, yo aprendía a equilibrar libros, pañales, noches en vela, trabajos académicos y maquetas.

La profesionalización como arquitecta fue una lenta caminata, una construcción de decisiones que implicaban un cruce de caminos entre la vida personal y la profesional. No avancé en línea recta; avancé en espiral, como avanzan los procesos orgánicos, como crecen los árboles, como se forman los estratos del paisaje.

La especialización en paisaje, junto con la experiencia en el campo del patrimonio cultural, marcó un punto de inflexión en mi trayectoria. Llegó a constituirse en un pilar fundamental de conocimiento y desarrollo profesional, al adentrarme en la comprensión de los paisajes, tal como ahora los describo en analogía con mi propia experiencia. En esta etapa comprendí los territorios históricos como realidades inherentes al patrimonio edificado, aplicando lo aprendido al ejercicio profesional como servidora del sector público.

Quiero destacar que, en este recorrido, he conocido a grandes mujeres. No deseo mencionar nombres, pero sí debo reconocer que todas ellas han sido faros de inspiración, como paisajes de referencia observados desde otras habitaciones. Ellas, con sus historias, han ido hilando un telar de enseñanzas en el cual la invisibilidad no es destino, sino una condición que puede transformarse.

Dentro de la institucionalidad pública, abrí terreno y espacio, no de manera inmediata, sino con paciencia. En el momento en que empecé a confiar en mi voz y en mi conocimiento, dejé de avanzar con timidez y comencé a trazar mis propios senderos. Fueron once años de recorrer territo-

rios patrimoniales y de entender que la memoria no es solo un objeto, sino una referencia para ver los paisajes desde los pies de quienes los habitan.

Hoy puedo decir que he encontrado una habitación para desarrollar las habilidades adquiridas y aprendidas. Desde este espacio que corresponde a la docencia universitaria, puedo ver un nuevo paisaje, lleno de mujeres jóvenes brillantes que, a veces, no se permiten ser vistas, así como de varones que han iniciado procesos de deconstrucción frente a prácticas machistas. Esto me motiva, desde una perspectiva de género, a verme como soporte en su aprendizaje y desarrollo.

Este nuevo paisaje profesional de la docencia, en el que hoy habito, es un valle nuevo: uno que no solamente exige conocimientos técnicos, sino también presencia humana, empatía, generosidad y memoria. Para mí, la docencia se ha convertido en un acto de devolución y transmisión de conocimiento. A ello se suma la formación salesiana, de la cual sigo aprendiendo, y que me ayuda a comprender que cada estudiante es un pequeño territorio en transformación.

Mi propio recorrido, con sus pausas, grietas y reconstrucciones, es también una herramienta pedagógica, no solo en la academia, sino también en el hogar. Entiendo que mis hijos, para quienes hoy soy raíz, forman parte de mis paisajes y yo de los suyos. Ellos son testimonio viviente de esa lucha por romper silencios, abrir espacios y construir una habitación propia donde pueda existir plenamente como mujer, madre y profesional, avizorando paisajes resilientes. Su presencia me recuerda que el ejemplo no se construye desde la perfección, sino desde la autenticidad, criterio fundamental para comprender el patrimonio cultural.

Hoy, cuando miro atrás, veo que mi vida ha sido un proceso orgánico y dinámico. Cada paso ha tenido sentido. Aprender y crecer no siempre significa avanzar rápido; a veces significa detenerse, observar, cuidar y reconstruir. Ahora, desde mi habitación, valoro lo que soy aquí adentro, como espacio de memoria. Quiero ser maestra no solo por compartir conocimientos, sino desde la humildad de reconocer que debo seguir aprendiendo para enseñar a ver, desde la contemplación, territorios donde otros también puedan reconocerse, nombrarse y construir sus propias habitaciones, sus propios senderos y sus propios paisajes visibles.

Con esto quiero mencionar, como mi referente principal, a Virginia Woolf, escritora británica reconocida por sus obras de inicios del siglo XX y figura inspiradora para la corriente feminista de los años setenta. La frase

“Anónimo era una mujer”, extraída de su obra *Una habitación propia*, ha sido un espejo transformador que reveló la “herencia anónima de las mujeres” en mi vida. Woolf señaló la dificultad histórica de las mujeres para expresarse artísticamente y la necesidad de tener “dinero y una habitación propia” si deseaban escribir. Esta reflexión resonó profundamente en mi búsqueda personal y profesional.

Al destacar sus ideas sobre el anonimato de las mujeres y la necesidad de buscar un espacio personal, Woolf muestra cómo la mujer históricamente ha sido invisibilizada bajo la sombra de los hombres. En el mundo de la literatura, muchas escritoras firmaban con seudónimo, escondiendo sus nombres por miedo al linchamiento social. Así, llegaban a no tener voz en la sociedad, obligadas a esconderse y a negar sus méritos creativos e intelectuales.

El mundo actual ha luchado por reivindicar los derechos de las mujeres, aunque muchas veces estos avances son olvidados o puestos en riesgo. A pesar de que aún existen desigualdades, es necesario recuperar la memoria de los tiempos en que muchas mujeres fueron anónimas, para volver a valorar su presencia y seguir defendiendo derechos conquistados gracias a grandes mujeres, como Virginia Woolf.

Como arquitecta y gestora de patrimonio cultural, comprendí que mi experiencia forma parte de una genealogía de mujeres que crearon, cuidaron, sostuvieron y transformaron, sin que su nombre quedara tallado en la memoria pública. A partir de mis experiencias de vida y de más de una década como profesional, reconozco que muchas veces permanecí en el espacio anónimo e invisible. Por eso, hoy hago esta reflexión sobre el paisaje y la habitación como una metáfora vivencial.

Durante años prioricé mi rol como madre de dos hijos. En ese momento, avanzar con lentitud pareció una imposición de las circunstancias; hoy lo miro con madurez y resiliencia. En este recorrido comprendo que mi riachuelo, mencionado al inicio, se encuentra hoy en el territorio de la docencia. Desde la vista de mi habitación contemplo cómo conviven las raíces de mi maternidad, la memoria de mis silencios, la reconstrucción del amor y el eco de todas las mujeres que me sostuvieron en los días en que el mundo parecía exigirme habitar únicamente el espacio que el machismo me permitía ocupar.

Hoy, como madre de adolescentes y docente de jóvenes en formación, reafirmo la virtud del cuidado. Comprendo que la arquitectura del

afecto, de la presencia y del acompañamiento es tan necesaria como la técnica o la teoría. Mis hijos han sido, en esta metáfora, el cimiento más profundo. En ellos encuentro la certeza de que se pueden construir espacios para otros, porque primero aprendí a sostener y a sostenerme.

Ahora, frente a mis estudiantes, sé que mi tarea no es solo transmitir conocimientos, sino ayudarles a encontrar su propia habitación, su propio paisaje interior y su propio lugar en el mundo. Ellas y ellos merecen ser visibilizados. Ser mujer, ser hombre, ser madre, ser hijo, ser docente o ser profesional no son jerarquías, sino formas diversas de habitar el territorio social con empatía y resiliencia.

Mi reto como docente de arquitectura es enseñar a mirar más allá del plano y la maqueta, a leer el espacio como tejido social y a construir proyectos desde el respeto por la naturaleza, la memoria y las diferencias. Aspiro a formar profesionales éticos, críticos, rigurosos, sensibles y responsables. Para ello, busco fomentar la sensibilidad y la minuciosidad, de modo que puedan, desde sus propias habitaciones, construir espacios para la sociedad del futuro.

Desde mi “habitación de la docencia” en la Universidad Politécnica Salesiana, metáfora inspirada en Virginia Woolf, transparente este complejo recorrido, con sus pausas y reconstrucciones, como una herramienta pedagógica. Mi vocación es romper la “herencia anónima” y visibilizar aquello que ha permanecido invisible en la experiencia femenina: la fortaleza, el trabajo de cuidado y el saber sostener diversos proyectos de vida. Esta historia busca, finalmente, que otros también puedan reconocerse y construir sus propios senderos visibles.

Karol Marilyn Díaz-Contreras



LICENCIADA, MAGISTER

Grupo de Investigación en Ciencias de la Actividad Física y Deporte

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2320-2364>

Correo electrónico: kdiaz@ups.edu.ec

Entre plumas y *patronus*: crónicas pedagógicas de una *muggle* en un castillo de saberes

Mi vida académica nunca ha seguido caminos rectos; más bien ha sido como ese mapa encantado que, en la saga de *Harry Potter*, revela trayectorias ocultas únicamente cuando quien lo observa sabe leerlas. Así ha sido mi recorrido: no lineal, no predecible, sino revelado en los momentos en que el propósito encuentra su forma.

Me reconozco como una hechicera del lenguaje. Transito de aula en aula como quien cruza espacios donde se aprenden fórmulas invisibles, similares a los salones de Encantamientos o Pociones de Hogwarts, donde los estudiantes aprenden a transformar la realidad. En mi caso, cada verbo actúa como un hechizo y cada texto se convierte en un portal que permite a mis estudiantes acceder a nuevas formas de comprender el mundo.

Si aquel sombrero que, en la historia, clasifica a los estudiantes según sus cualidades hubiese tenido que decidir por mí, habría reconocido una combinación poco convencional de las cuatro casas de Hogwarts: la curiosidad intelectual de Ravenclaw, la empatía y el sentido de comunidad de Hufflepuff, la valentía de Gryffindor y la ambición creativa de Slytherin. En esa mezcla habita mi identidad docente. Con una varita hecha de sinapsis, porque mi herramienta real es el pensamiento, he buscado unir contenido y emoción hasta convertir la enseñanza en un acto de magia cotidiana.

Como profesional, mi formación comenzó en el área administrativa, con estudios en Contabilidad, Hotelería y Turismo. Sin embargo, mi corazón se entregó al área de educación, mediante una licenciatura en Lengua y Literatura Inglesa. Esta última me permitió comprender que enseñar un idioma no es repetir estructuras, sino abrir puertas.

En mi maestría en Lingüística Aplicada aprendí a leer los sistemas ocultos del lenguaje, como quien interpreta antiguos libros de conocimiento. Más adelante, la Psicología del Deporte y la neurociencia aplicada al movimiento me revelaron que el cuerpo también participa activamente en el

aprendizaje: recuerda, siente y construye significado. Finalmente, la incorporación de la inteligencia artificial en la educación se presentó como una nueva forma de magia contemporánea, capaz de adaptarse, generar contenido y ampliar las posibilidades pedagógicas más allá de lo tradicional.

Así, mi aula dejó de ser un espacio rígido para convertirse en un entorno vivo. Ya no es un lugar donde se memorizan contenidos, sino donde se crean. Es, en esencia, un castillo invisible donde el conocimiento se transforma constantemente y donde cada estudiante encuentra su propio recorrido.

Desde la Universidad Politécnica Salesiana, espacio que ha dado forma a gran parte de mi trayectoria desde 2008, he construido mi propia Sala de Menesteres. En mi práctica, cada clase se adapta a quienes la habitan y se transforma según sus necesidades, intereses y ritmos de aprendizaje. Desde mi formación en entornos educativos marcados por la ternura y la guía, entendí que educar es un arte que combina conocimiento y humanidad. Al cruzar sus puertas, sentí que ingresaba a mi propio Hogwarts: un espacio donde el saber y el afecto conviven.

La comunidad universitaria ha sido mi Callejón Diagon: un espacio diverso donde la enseñanza se convierte en intercambio. Allí he aprendido que el conocimiento fluye mejor cuando es compartido, cuando se transforma en servicio y propósito.

Si tuviera que representar mi trayectoria como docente, desde mis inicios, la imaginaría como un Pensadero, ese espacio donde los recuerdos pueden observarse y reinterpretarse. Allí, cada experiencia docente, cada investigación y cada encuentro humano no solo se conserva, sino que se transforma, dando lugar a una comprensión más profunda del aprendizaje.

Por ello, desde mis experiencias, en mi aula convergen el lenguaje, la pedagogía, la neurociencia y la tecnología, recordándome que enseñar no consiste en transmitir saberes, sino en establecer conexiones auténticas. Es, en esencia, una forma de comprender al otro, interpretar sus procesos y acompañarlo en la construcción de su propio camino dentro de este castillo simbólico del conocimiento.

Aprender y aprehender no es un espectáculo de magia ni un duelo de hechizos perfectos; es un proceso silencioso y progresivo en el que cada estudiante explora el idioma a su ritmo, como quien recorre una biblioteca viva. Enseñar inglés implica acompañar la forma en que cada aprendiz interpreta esa magia, entendiendo que la lengua se entrelaza con la memoria, las emociones, el cuerpo y la imaginación.

Muchos estudiantes perciben el inglés como un hechizo ajeno. Mi tarea es ayudarles a resignificarlo, a descubrir que no es una barrera, sino una herramienta. Acompañarlos en este proceso se parece a enseñarles que incluso los *boggarts* pueden transformarse.

Aprender un idioma es como intentar un *Expecto Patronum*: requiere confianza, práctica y una chispa interna que debe ser descubierta. Mi rol es acompañar hasta que el miedo se transforme en posibilidad.

Mi historia no es la de una bruja de linaje, sino la de una *muggle* persistente que decidió no rendirse. He transitado entre el lenguaje, la neurociencia, la pedagogía y el movimiento, descubriendo que la disciplina es la forma más poderosa de magia. La transformación no proviene de talentos heredados, sino del trabajo constante. Como en un entrenamiento riguroso, cada esfuerzo suma hasta romper barreras académicas y personales.

Hoy sé que no basta con aprender magia: hay que enseñarla. Por eso investigo, escribo y guío, integrando mente, cuerpo y conocimiento. Porque cuando una *muggle* decide caminar entre magos, no solo se adapta: transforma el castillo.

En mis aulas convergen distintas “casas”: ingenieros, deportistas y educadores. Mi labor no ha sido unificarlos, sino conectar sus caminos. Enseñar es construir puentes invisibles entre saberes. Como docente, mi compromiso es despertar el interés como quien activa hechizos dormidos. Cada estudiante posee su propia magia por descubrir.

Asimismo, por amor y servicio, mi formación continua se ha convertido en una colección de artefactos mágicos. Cada curso añade una nueva herramienta a mi práctica. La inteligencia artificial, en particular, ha sido como un giratiempo: me ha permitido reinterpretar el pasado y proyectar nuevas formas de enseñanza.

En la medida en que mi práctica docente se ha expandido, también lo ha hecho mi necesidad de comprender el aprendizaje desde nuevas alturas. Desde mi *torre de investigación*, ese espacio que evoca la altura reflexiva de quien observa para comprender, como en la *torre de astronomía*, donde se descifran patrones invisibles, entrelazo saberes provenientes de la neurociencia, la educación y la actividad física. Allí comprendo que enseñar no es solo transmitir contenidos, sino activar redes profundas donde pensamiento, emoción y movimiento dialogan constantemente.

En este laboratorio vivo, las palabras no permanecen abstractas: se encarnan, se sienten y se transforman en experiencia. Así, cada proceso de

enseñanza se convierte en una forma de lectura del ser humano en su totalidad, donde el conocimiento deja de ser fragmentado para integrarse en una práctica consciente, dinámica y profundamente significativa.

Aunque todo parezca envuelto en una lógica casi mágica, donde el conocimiento fluye y las transformaciones ocurren de manera sutil, la realidad también exige atravesar estructuras complejas. En contextos donde aún predominan esquemas tradicionales, ser mujer puede asemejarse a transitar Hogwarts siendo una *muggle*: no por falta de capacidad, sino porque, en ocasiones, el entorno parece esperar su ausencia. En ese escenario emergen códigos invisibles y reglas no escritas que es necesario interpretar con precisión para poder avanzar.

Sin embargo, lejos de convertirse en una limitación, esta experiencia se ha transformado en una fuente de impulso creativo. Así, he comprendido que la verdadera magia pedagógica no reside en reproducir normas, sino en cuestionarlas y transformarlas con criterio cuando el contexto lo exige.

En coherencia con este recorrido, mis roles no se fragmentan, sino que se entrelazan como parte de una misma práctica vital. Como docente, acompaño procesos y despierto posibilidades, como quien guía a sus aprendices en el dominio de hechizos que, al inicio, parecen inalcanzables. Como investigadora, me adentro en territorios aún no cartografiados, explorando conexiones entre mente, cuerpo y aprendizaje, como si observara desde una Torre de Astronomía los patrones invisibles que dan sentido al conocimiento.

Y, en ese mismo entramado, la maternidad no es un rol aparte, sino otra forma de magia profunda: habitar una Madriguera siempre viva, donde el cuidado, la protección y la guía sostienen el crecimiento. Como en aquellos hogares donde la magia más poderosa no reside en los grandes encantamientos, sino en la presencia constante, ser madre me ha enseñado a acompañar procesos con paciencia, a reconocer los tiempos de cada aprendiz y a sostener incluso cuando el camino parece incierto.

Así, educar, investigar y matenar se configuran como expresiones de una misma vocación. Todas implican leer lo invisible, interpretar procesos y crear condiciones para que otros descubran su propio camino dentro de este castillo de saberes. Porque, al final, la verdadera magia no consiste solo en dominar los hechizos, sino en saber cuándo guiar, cuándo sostener y cuándo permitir que cada uno encuentre su propio Patronus.

En este mismo horizonte, mis compromisos se configuran como una práctica consciente que articula mis tres dimensiones fundamentales dentro de este castillo de saberes. Como docente, mi compromiso es seguir abriendo aulas que funcionen como verdaderos espacios de encantamientos, donde cada estudiante, como aprendiz en Hogwarts, pueda experimentar, equivocarse y, finalmente, dominar aquellos hechizos que al inicio parecían imposibles. Mi labor es acompañarlos con la paciencia de quien sabe que ningún hechizo se perfecciona en el primer intento, sosteniendo su proceso hasta que logren, con seguridad, invocar su propio Patronus.

Como investigadora, asumo el compromiso de continuar ascendiendo a mi Torre de Astronomía, ese lugar simbólico desde donde se observan los patrones invisibles del conocimiento. Investigar es, para mí, adentrarme en territorios aún no revelados, como quien explora pasillos ocultos del castillo, formulando preguntas que permitan comprender cómo se entrelazan la mente, el cuerpo y el aprendizaje. En este recorrido, la investigación se convierte en una forma de magia rigurosa, donde la intuición y la disciplina funcionan como varita y hechizo para transformar la incertidumbre en hallazgo.

Y, en el ámbito de la maternidad, mi compromiso se construye en esa Madriguera siempre viva, donde la magia no reside en grandes demostraciones, sino en la constancia del cuidado y la protección. Como Molly Weasley en su hogar, entiendo que sostener, guiar y acompañar son formas de magia profunda que permiten a otros crecer con seguridad. Allí, entre lo cotidiano y lo esencial, se cultiva la confianza necesaria para que cada uno pueda salir al mundo y enfrentar sus propios desafíos.

De este modo, mis compromisos no se fragmentan, sino que se entrelazan como los pasillos cambiantes de Hogwarts: conectan espacios, experiencias y propósitos. Enseñar, investigar y *maternar* se convierten así en expresiones de una misma vocación, donde la verdadera magia no consiste únicamente en dominar los hechizos, sino en saber acompañar a otros mientras descubren el suyo.

Adriana de la Nube Torral-Sarmiento



LICENCIADA, Ph. D

Carrera de Contabilidad y Auditoría

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3015-2262>

Correo electrónico: atoral@ups.edu.ec

Sembrar letras para cosechar sentido en el territorio del lenguaje

Como docente, siembro letras y acompaño el ritmo de las estaciones del pensamiento. Creo en el poder de la palabra para abrir caminos, cultivo la curiosidad y la reflexión, y confío en que cada estudiante florece a su propio ritmo. Desde la construcción de sentidos, ofrezco oportunidades para que los estudiantes escriban, exploren sus ideas y descubran nuevas formas de expresión. Ser docente, para mí, es un acto de esperanza: enseño a mirar el mundo con otros ojos y a escribirlo con voz propia.

Mi recorrido académico ha sido una travesía de aprendizajes y compromisos. Como posdoctora en Ciencias Sociales, profundizo en los entramados de la sociedad mediante la palabra, la ciencia y la comunicación. Con mi doctorado en Comunicación, exploro los lenguajes del mundo para interpretar y crear mensajes significativos en la academia. En mi doctorado en Letras, cultivo el amor por la palabra y el servicio comunitario como ladrillos invisibles que construyen el pensamiento humano. En el máster en Educación, diseño procesos de gestión para el aprendizaje que integran la teoría y la práctica.

Pero lo más significativo de mi recorrido académico es ser pedagoga. Con mi licenciatura en Ciencias de la Educación, comprendo los fundamentos que guían la formación de nuevos profesionales, porque acompaño a mis estudiantes a encontrar su voz y a expresar sus ideas con claridad y creatividad. Los diplomados en estudio de jóvenes y construcción de proyectos sociales complementan este camino, conectando siempre la investigación, la educomunicación, las letras y la práctica docente. Todo ello me recuerda que enseñar es siempre sembrar, aprender y crecer junto a quienes me acompañan en el aula.

Mi docencia en Comunicación Oral y Escrita (COE), Pensamiento Crítico, Redacción Académica y Lectoescritura me permite irrigar las raíces del conocimiento con nuevas miradas, acompañando a cada estudiante en su progreso intelectual. Estoy consciente de que formar profesionales no significa solo transmitir conocimientos, sino prepararlos para la vida mediante la confianza, el rigor y el amor puesto en todo lo que hago.

En la Universidad Politécnica Salesiana he tenido la oportunidad de coordinar el Centro de Lectoescritura Académica (CLEA), un espacio donde las palabras surgen y los pensamientos crecen mediante la lectura, los encuentros y los proyectos lectores. Como jefa del área básica en la carrera de Contabilidad, acompaño y guío procesos académicos, escuchando y gestionando las ideas de los jóvenes, cultivando la curiosidad y regando la reflexión en cada aspiración que interrelaciona al docente y al estudiante. En la consejería del proyecto LALA, acompaño a los universitarios a encontrar iniciativas para fortalecer su proceso académico y personal. Desde este espacio, promuevo el bienestar y el desarrollo en un ambiente seguro y de confianza.

Mi vida personal y la académica se nutren mutuamente: como madre, entiendo la paciencia y la constancia; como esposa, valoro el apoyo y el diálogo; y, como docente, cultivo la reflexión y el crecimiento integral de quienes confían en mi guía. En cada acción, en cada palabra y en cada propósito, dejo que florezca mi compromiso con la formación de estudiantes capaces de pensar, crear y transformar su entorno, tal como yo transformo cada experiencia de mi vida en semillas de conocimiento, afecto y esperanza.

Como docente de la asignatura Pensamiento Crítico, veo las actividades como una oportunidad para cuestionar, analizar y construir conocimiento. Según Paul y Elder (2014), pensar críticamente es el arte de analizar y evaluar el pensamiento con el propósito de mejorarlo. En mi experiencia con los cursos virtuales, se visibiliza la producción del conocimiento mediante un trabajo autónomo y consciente, que fortalece la expresión académica de los estudiantes.

Cultivar el pensamiento crítico es promover el uso de conceptos y metodologías en juicios reales. Por ello, busco anclar la escritura, la expresión oral y el desarrollo del pensamiento crítico como herramientas para mejorar la producción del conocimiento a través de la argumentación y la construcción colectiva del saber.

La investigación, para mí, es una actitud de satisfacción personal y profesional. Desde el GIGEA, grupo de investigación que actualmente coordino, me preocupo por cuestionar, proponer y construir soluciones basadas en evidencias. Desde mi rol, promuevo proyectos que fomentan el diálogo y la colaboración con distintos sectores sociales, productivos y culturales, contribuyendo a la solución de problemáticas reales en el área del lenguaje y al desarrollo sostenible de la comunidad.

Mi labor integra la docencia, la investigación y la vinculación con la colectividad, ejes complementarios que difunden experiencias socioco-

municativas y forman profesionales competentes, ciudadanos comprometidos y agentes de cambio capaces de transformar positivamente su entorno. Enseñar no es transferir conocimiento, sino mejorar las posibilidades de producción y construcción, generando espacios de aprendizaje compartido.

Mi labor no se limita a enseñar normas lingüísticas o estructuras textuales, sino a fomentar una comprensión profunda del lenguaje como herramienta de pensamiento, diálogo y transformación social. Enseñar a comunicar implica también enseñar a escuchar, interpretar y pensar con rigor.

La enseñanza requiere estudiantes que construyan activamente significado en contextos reales. Por ello, pretendo que participen en la construcción crítica del conocimiento mediante la lectura y el análisis de temas seleccionados. Uno de mis mayores retos como guía del aprendizaje es mantener viva la curiosidad intelectual en un contexto saturado de información, donde leer y escribir con profundidad se ha vuelto un acto de resistencia. Considero que leer y escribir no implica solo desarrollar habilidades técnicas, sino también participar en procesos socioculturales que construyen identidad y conocimiento.

Palabras que conectan: el rol del lenguaje en la construcción interdisciplinaria

Mis asignaturas están presentes en todas las carreras académicas; por ello, la vinculación se da en la conexión entre textos, lecturas y áreas de formación. Comprendo que el lenguaje, tanto oral como escrito, no solo transmite información, sino que articula saberes entre disciplinas distintas, permitiendo que los estudiantes compartan ideas, argumenten con claridad y construyan conocimiento de manera conjunta.

En este sentido, cuando guío actividades del lenguaje, promuevo que los estudiantes comprendan cómo formular argumentos y expresar sus ideas con claridad, no solo para su disciplina, sino también para colaborar en proyectos conjuntos, sean del área de la ingeniería, las humanidades, la salud u otras. Esto implica elaborar informes técnicos que integren el contexto social, ético y cultural.

El lenguaje organiza y transforma el conocimiento en comunidades diversas. Esta convicción me lleva a diseñar clases, tareas y foros que fomenten la producción académica en distintos campos, mediante técnicas de recopilación bibliográfica que conecten implicaciones sociales, prácticas escritas y exposiciones orales en el aula. De esta forma, cultivo un conocimiento que

ayuda a que las palabras no queden recluidas en una sola disciplina, sino que conecten horizontes y permitan una formación universitaria interdisciplinaria, completa, colaborativa y relevante para los retos contemporáneos.

Ser mujer en la docencia universitaria ha sido un camino de aprendizajes constantes, retos y oportunidades. Mi formación académica y las capacitaciones que he recibido no solo me han permitido profundizar en el conocimiento de mi disciplina, sino también fortalecer habilidades y competencias fundamentales para mi vida profesional, en un campo históricamente marcado por desigualdades y estereotipos de género.

De igual forma, mi experiencia universitaria me ha enseñado que la preparación académica es fundamental para ejercer una docencia de calidad. Las capacitaciones en pedagogía, análisis crítico y comunicación me permiten desarrollar estrategias que facilitan el aprendizaje interdisciplinario, integrando la lectura y la escritura académica con proyectos de investigación y análisis social.

Se llega a ser mujer con una identidad profesional marcada por la decisión, la integridad y el compromiso. Dicho esto, mi identidad y compromiso en la docencia se visibilizan día a día. Al entrar al aula, llevo la fuerza de mi preparación, la claridad de mi propósito y la sensibilidad para reconocer el potencial de cada estudiante. Transformo los contenidos en experiencias y buenas prácticas. Pienso que mi voz, mi presencia y mi rigor académico me inspiran a ser cada día mejor.

Recuerdo mi inicio docente, hace treinta y tres años, cuando emprendí este camino guiada por la fuerza serena de una mujer que encuentra en el servicio la forma más pura de amor a su profesión. Desde entonces, asumí el compromiso con la educación, la investigación y la transformación social. Como docente, cultivo mi valentía y liderazgo, entendiendo que cada clase, cada proyecto de investigación y cada interacción con mis estudiantes es una oportunidad para demostrar que las mujeres no solo podemos enseñar y aprender, sino también transformar la academia y el mundo. Mi compromiso es seguir construyendo espacios de conocimiento y empoderamiento, donde el aprendizaje y la colaboración interdisciplinaria se vean como semillas de cambio.

Letras en acción: compromiso y transformación universitaria

Para mí, enseñar lectura, escritura y pensamiento crítico es sembrar semillas de conocimiento en mis estudiantes. Cada texto que leemos, cada ensayo que redactan y cada debate que sostenemos se convierte en una

oportunidad para cultivar reflexión, creatividad y análisis crítico, en conexión con otras áreas de la universidad.

Considero esencial que los estudiantes aprendan a articular ideas con claridad y rigor. Reconozco que el lenguaje es una herramienta que transforma el pensamiento y fortalece la pertinencia de su aprendizaje en contextos reales.

Expresar mi trayectoria como docente universitaria me hace sentir agradecida con la vida por la oportunidad de investigar, enseñar y aprender junto a mis estudiantes. La docencia me ha permitido crecer personal y profesionalmente, porque descubro nuevas perspectivas y contribuyo siempre al desarrollo de habilidades que trascienden el aula.

Mi mayor referente es Paula Carlino, escritora argentina, porque nos enseña a comprender que la práctica de la lectura y la escritura en la universidad ofrece oportunidades para que los estudiantes escriban, piensen, exploren ideas y construyan saber disciplinario. Su enfoque muestra que la alfabetización académica no es responsabilidad exclusiva del área de lengua, sino que todas las materias pueden convertirse en espacios donde se lee y se escribe con fines epistémicos; es decir, para comprender mejor los contenidos y participar activamente en la cultura académica.

Para concluir, al reflexionar sobre mi labor docente, comprendo que sembrar letras para cosechar sentido en el territorio del lenguaje es mucho más que enseñar a leer y escribir: es acompañar a mis estudiantes en la construcción de sus propias voces. Cada actividad que propongo, cada texto que exploramos y cada palabra que se arriesga en el aula es una semilla depositada en tierra fértil, lista para germinar en pensamiento, interpretación y presencia crítica.

Me inspira saber que, al invitarlos a escribir para pensar y a leer para descubrir, estoy regando senderos que se expanden más allá del contenido curricular. Cultivo un jardín de significados donde cada palabra es brote; cada idea, un tallo; y cada reflexión, una flor que invita a comprender, cuestionar, imaginar y reconocerse. Esa es la cosecha que anhelo: formar estudiantes reflexivos y críticos, capaces de buscar sentidos que florecen, miradas que se amplían y raíces que se entrelazan en la trama de la palabra compartida.